

La historia y la religión se encuentran en el camino de Jesús

La paz que vence a la muerte

Pedro Trigo, s.j.*

RELIEVE ECLESIAL



El 19 de abril conmemoramos los 200 años del comienzo de la Independencia, un comienzo civil y no militar, signado por la palabra y sin derramamiento de sangre. A propósito de esa fecha, he aquí una reflexión sobre el sentido cristiano de la paz y, más restringidamente, sobre la paz en la vida de Jesús de Nazaret

Quiero subrayar que no es un tema lateral sino absolutamente central en la misión de Jesús e imprescindible para comprender el misterio de su persona. Lo haré a través de cuadros significativos.

Lucas pone en boca de Zacarías en el momento de circuncidar a su hijo, un himno de bendición al Dios de Israel porque ha cumplido la promesa de liberar a su pueblo. El viejo ve proféticamente ya cumplida la promesa que hizo a los patriarcas, porque precisamente su hijo, Juan, será el que vaya por delante a preparar el camino del que traerá la salvación. El contenido de esa salvación que traerá Jesús queda sintetizado en el último verso: “para guiar nuestros pasos por el camino de la paz” (1,79). ¿Cómo se llegará a esa paz? Ese poderoso salvador logrará que, “libres de temor y arrancados de las manos de nuestros enemigos, lo sirvamos en santidad y justicia todos nuestros días”.

Esto se puede entender de tres maneras. La primera, la de los nacionalistas, entre los que se encontraban los discípulos de Jesús, que esperaban que el ungido por el Espíritu de Dios, derrotaría a los romanos y a los judíos colaboracionistas y restauraría la soberanía de la nación, una soberanía que se regiría por la Torá. La segunda, es la de los fariseos, que prevaleció en el judaísmo después de la destrucción del templo: el sistema político es irrelevante; lo que hay que pedir de él es que permita vivir según la Torá, ya que eso es lo único que cuenta y se puede vivir bajo cualquier soberanía. La tercera es la del propio Jesús que asumió nuestra misma carne y sangre y así desde su debilidad vino a liberar a los que por temor a la muerte pasaban la vida entera como esclavos (Hbr 2,14). Nos liberó viviendo consecuentemente tanto los éxitos como las derrotas y hasta la misma muerte. Para Jesús la fidelidad no se jugaba en una ley ahistórica sino en vivir como verdadero hijo de Dios, en fidelidad, y como verdadero hermano nuestro, en solidaridad, pero sin imponerse sobre nadie, sino, al contrario, sufriendo la violencia de los que sí

se imponían, pero que no tuvieron poder para quebrar su proyecto de vida.

PAZ ENTREGADA GRATUITAMENTE

El nacimiento de Jesús, que nos relata Lucas, está precedido por un encuadre en la historia y seguido por una angelofanía (Lc 2,1-14). Comienza asentando que nació en tiempos de Augusto, emperador romano. Octavio, sobrino de César, recibió el apelativo de *augusto*, que conllevaba la veneración de lo divino, por haber traído a la tierra el don divino de la paz, que las crónicas no recordaban haber existido en ninguna época. Por eso erigió un altar a la diosa Paz, en el que aparece en bajorrelieves toda su familia llevando ofrendas pacíficas. Es sabido que la *pax romana* se logró y se mantuvo por las legiones, que sometieron a todos los pueblos a su único dominio. Pues bien, después de nacer Jesús, una legión del ejército celestial proclamó a los pastores la paz de Dios, que traía su Hijo.

Parece desconcertante que en el único momento de la historia de esa parte del mundo en que se había logrado la paz, lo que Dios ofreciera al mundo, a los pobres del mundo, fuera precisamente la paz. Si ya había paz ¿por qué no entregar otro don?

Porque la paz de los vencedores no es la paz de Dios. Porque en la paz de los vencedores no cabe la fraternidad porque tampoco cabe la filiación, porque los vencedores se han endiosado y por eso no pueden reconocer a nadie como igual a ellos. La paz de Octavio no es un don divino sino un insulto a Dios, que no nos ha creado para que un pueblo sea el dominador y los demás queden reducidos a la condición de súbditos, sino para que la humanidad componga una familia de pueblos. Por eso a las legiones romanas se contraponen la legión de ángeles, que, obviamente, no están armados. La paz de Dios no se impone: se ofrece, se entrega. Por eso requiere de nuestra aceptación y colaboración. El portador de la paz de Dios es un niño indefenso que ni siquiera ha nacido en una casa sino en un refugio de animales y está reclinado no en una cunita sino en una pesebrera.

LOS CONSTRUCTORES DE PAZ

Por eso, en la proclamación de lo que podríamos llamar su programa, es decir la propuesta



que trae al mundo de parte de su Padre, una de las bienaventuranzas tiene como destinatarios a los constructores de paz (Mt 5,9). Es la bienaventuranza que trae aparejada la promesa más elevada: serán llamados hijos de Dios, es decir, Dios los llamará sus hijos: serán verdaderos hijos de Dios. La razón de ser elevados a esa dignidad suprema es que participan de la misión de su Hijo, el Príncipe de la paz (Is 9,5;11,1-9). Entregarse a esa misión los hará felices.

Naturalmente que, desde la perspectiva de Jesús, la paz se construye en la verdad y la justicia, en el respeto al otro y en la colaboración con los demás para lograr el bien común y, como base para ello, en el no endiosamiento propio, en la aceptación de la condición de hijos de Dios y en el cumplimiento de su encargo de custodiar la creación.

Desde este horizonte que Jesús despliega, cobra todo su sentido que lo que Jesús desee de cada encuentro es poder despedir a la persona diciéndola: “vete en paz” (Mc 5,34; Lc 7,50). La paz es la salud y la rehabilitación, la plenitud de vida, entendida no como vitalismo sino como calidad humana.

EL DON MESIÁNICO DE LA PAZ

Desde lo que llevamos dicho parece congruente que cuando Jesús envía a sus discípulos a evangelizar a los lugares por donde él iba a pasar, les pide que llamen a las casas y les ofrezcan el don mesiánico de la paz. Lucas es el que lo presenta de la manera más gráfica. Dice que si los reciben, les entreguen la paz y que si se abren a ella, la paz reposará sobre ellos, pero si no, se volverá a los que la llevan. Como se ve, personifica la paz, como si los discípulos fueran con Irene (nombre griego de la paz) y se la entregan a los de la casa; si Irene ve que la reciben, se queda, pero si no, se regresa a los discípulos. Entregar la paz no equivale a deseársela. La palabra de Dios hace lo que dice. Los discípulos entregan efectivamente la paz de Dios, que, como hemos insistido, no consiste en vencer sobre



nadie sino sobre las propias tendencias pecaminosas y sobre el miedo a los que tienen poder y liberar así la libertad para poner confiadamente la vida en las manos de Dios y entregarse al servicio a los hermanos.

Al entrar públicamente en Jerusalén, una entrada verdaderamente triunfal, escoltado por decenas de miles de peregrinos galileos que lo han reconocido y le quieren rendir homenaje alfombrando con sus mantos el camino por donde pasa y vitoreándolo como el que viene en nombre del Señor, Jesús percibe cómo la ciudad, es decir las fuerzas vivas dentro de ella y sobre todo las autoridades religiosas, que lo eran también políticas, no lo reciben. No se atreven a desautorizar esa demostración tan exuberante de adhesión; simplemente se inhiben y él tiene que retirarse con ellos a las tiendas donde han acampado a varios kilómetros de la ciudad.

En el camino, al percatarse de que no lo van a recibir, en medio de ese entusiasmo, llora por la ciudad porque, al no haber aceptado la paz que Dios la ofrecía, se está cavando su ruina: “¡Si al menos en este día supieras encontrar lo que conduce a la paz! Pero está encubierto para ti” (Lc 19,42). Jesús viene con una misión pública, digamos oficial. El Dios de Israel no lo envió, como pensaba el Bautista, a juzgar a su pueblo sino a salvarlo. Jesús es portador del sí, incondicional y definitivo de Dios a su pueblo. Pero para que se realice la alianza no basta con un sí; se requiere el sí de ambas partes. Al no aceptarlo los representantes institucionales de Dios, al rechazar la plenitud que traen esas relaciones, ellos mismos se condenan al fracaso. Como Jesús viene como hermano, no le basta con haber hecho todo lo posible, con haber

cumplido su deber; el hermano sólo se consuela con el bien de sus hermanos. Por eso llora por la ciudad que ha rechazado la paz que Dios le entregaba por medio de él.

LA PAZ QUE VENCE A LA MUERTE

La tragedia se ha consumado. Han crucificado al que venía a salvar. Los discípulos han huido, aunque poco a poco y a pesar de su miedo se han vuelto juntar. Están bloqueados. Ven con absoluta claridad que lo de Jesús era de Dios; pero por eso mismo no comprenden cómo pudo acabar así. Para ellos el poder de Dios es muy paciente, pero al fin acaba imponiéndose. Porque ¿quién como Dios? Pero entonces ¿cómo no defendió a Jesús? Estando sumidos en esta perplejidad, Jesús se puso en medio de ellos. Se les dejó ver vencedor de la muerte, henchido de la misma gloria de Dios. Les dice: “la paz esté con ustedes” (Jn 20,19). Y, en efecto, Jesús les dio su paz: esa misma plenitud suya. La certeza de que podían vivir de él y de que nadie ni nada los podría arrebatar de su adhesión.

Pero esa paz no es para ellos solos: es para que prosigan su misión. Esa entrega incondicional del Padre a través de él había prevalecido sobre el rechazo de los jefes. Por eso les entrega su mismo Espíritu. El Espíritu del perdón de los pecados, de la nueva oportunidad, de la rehabilitación, de la nueva creación.

Como se ve, la paz de Dios en Jesús no es condicional, es absoluta. Por parte de él prevalece sobre cualquier rechazo, es decir, si lo negamos, él no nos niega. Siempre tenemos una nueva oportunidad. Pero es indispensable que acabemos aceptando su paz: a él como Padre materno y a los demás como hermanos. Sólo depende de nosotros.

* Miembro del Consejo de Redacción de SIC.